

tivamente preparasen la defensa nacional con todos los elementos que ofrecía la nación. Desgraciadamente Juárez, tenía horror por los problemas; á todos les presentaba una solución uniforme, como lo dijo en el Congreso de 1861 el Diputado Ignacio Manuel Altamirano, y esa solución consistía en tomar la firme, silenciosa, invariable, indestructible, fría, eterna y monumental actitud del dios Término de los antiguos. Pero los antiguos nunca confiaron al dios Término la guerra, ni la patria, ni el gobierno, ni la paz, ni la diplomacia; le encomendaron la sencilla tarea de signo geométrico.

Juárez pudo organizar y presentar al general Lorencez en Puebla el 5 de Mayo de 1862, 40,000 hombres con 300 piezas de artillería. Juárez era valiente más que Santa Anna; probo, como nunca lo fué Santa Anna; leal, como siempre lo ignoró Santa Anna; pero Santa Anna hubiera hecho en 1861, servicios á la patria que no era capaz de hacer Juárez, con la condición de que Santa Anna en ningún caso mandase los ejércitos que organizara.

Si la ciudad de México, como se verá más adelante, hubiera sido tomada en Mayo de 1862, las consecuencias hubieran sido terribles. De tan gran calamidad nos salvó el pequeño ejército de Zaragoza y la torpeza del invasor pretendiendo conquistar el país con 6,000 hombres.

El general Zaragoza se manejó con suma habi-

lidad y prudencia. Lo notable del encuentro de Acultzingo no fué la lucha sino la retirada. Si ésta hubiera sido como habitualmente, no se hubiera podido defender Puebla y, como la imprevisión del gobierno no había formado tropas de reserva, la ciudad de México habría sido también tomada inmediatamente.

El general Lorencez se puso en las condiciones tal vez únicas para ser rechazado, y el general Zaragoza tenía que haberlo previsto. Una plaza fortificada se toma por hambre, por intimidación, por asalto después de ejecutar obras lentas ofensivas y de aproximación ó lo que es excepcional, á viva fuerza sin preparación. Para tomar Puebla por hambre al general Lorencez le faltaba número; para tomarla por intimidación le faltaban morteros; para tomarla por ataque lento, le faltaba número y artillería; sólo podía intentar tomarla corriendo una aventura peligrosísima, como lo es un asalto sin preparación y sin sorpresa.

Es tan peligroso atacar una plaza sin preparación, que se puede contar como excepcional un éxito. Pocos generales lo intentan y los que tal hacen, si son militares, sólo pueden justificarse con la exigencia imperiosa de muy especiales circunstancias.

El general Laudon fracasó al atacar la plaza de Schweidnitz, no obstante que procedió con un

vigor inaudito (1° de Octubre de 1761). La historia presenta casi únicamente fracasos como el del general Laudon : pues se cuentan desde la existencia casi perfecta de las armas de fuego y como grandes fracasos, el ataque de Frankfort (2 de Diciembre de 1792), fracaso del Duque de Brunswick al atacar la plaza de Bitche (16 de Noviembre de 1793), fracaso del general Suchet, al atacar Valencia (Marzo de 1810), fracaso del « Manco » notable general español, al asaltar la plaza de Guadalajara, España (10 de Marzo de 1811), fracaso del ataque á la plaza de Constantina (1834), fracaso del ataque á Soissons (Marzo de 1814), fracaso del ataque á Roma (30 de Abril de 1849), fracaso del ataque á Toul (11 de Abril de 1870). En los Estados Unidos se cuentan el notable fracaso del general Grant en su asalto á la plaza de Uicksburg en 1864.

En México hemos visto fracasar al general Don Félix Calleja al asaltar la plaza de Cuautla, defendida por el general Morelos, y al general Taylor, al atacar la plaza de Monterrey, en 1846. Hemos visto al general Negrete, al atacar la plaza de San Luis Potosí en 1864, y al general Uruga fracasar en las plazas de Guadalajara y Morelia, en 1860 y 63. No conozco en Europa más que dos éxitos debidos á que el ataque fué por sorpresa, lo que disminuye algo sus peligros. El general Scott no tomó la plaza fortificada de México en 1847 por

asalto, sino después de haber destruído el ejército que la defendía, fuera de la Ciudad, en Padierna, Molino del Rey y Chapultepec, debido á la gran impericia de su adversario, el general Santa Anna.

Pues bien, el general Lorencez ni siquiera procuró sorprender; apareció delante de Puebla á las 9 de la mañana, desplegó sus columnas y ordenó que se sirviera el café á sus tropas.

La segunda falta del mismo general consistió en escoger el punto más fuerte de la plaza para atacarlo. La tercera fué no distraer la atención del enemigo de un modo muy serio, atacando otros puntos de la plaza. La cuarta falta consistió en haber colocado su artillería de brecha á una distancia inofensiva, ó más bien dicho, no llevó ni artillería de brecha, sino de batalla y muy escasa.

Y por último, la gran falta fué que los franceses se batieron como soldados medianos puesto que sólo perdieron el 8 por ciento de su efectivo. Por lo mismo que tanto desprecio mostraban por nuestros soldados y que tenían justamente tan gran renombre, estaban obligados á ir hasta la heroicidad, desde el momento que traían en sus históricos pergaminos la constancia de ser los primeros soldados del mundo. No pueden los primeros soldados del mundo, sobre todo el día en que se estrenan en un país que tenía un elevadísimo concepto de su cacidad, suspender un ataque contra soldados á

quienes desprecian, por haber perdido el 8 por ciento. Estaban obligados á perder el 40 por ciento, como la columna maciza inglesa en Fontenoy; ó el 45 por ciento como la guardia del Rey de Prusia en Saint Privat ó el 70 por ciento como la columna del general Mac Donald en Wagram.

Veo las cosas como las veía el general Serrano, Capitán General de la Isla de Cuba, cuando refiriéndose á las tropas españolas destinadas á invadirnos, daba al Almirante Rubalcaba, las siguientes instrucciones. « 12ª Por último, si como es regular y probable, hay que hacer uso de la fuerza para la toma del Castillo (Ulúa) es indispensable que Ud. y el general de las fuerzas de tierra, inculquen en el ánimo de las tropas y de todos los individuos que de su autoridad dependen, la idea de que la expedición de que se trata tiene un carácter especialísimo y fuera de las reglas comunes. Un descalabro en México no sólo sería para nosotros una deshonra y una mancha casi imposible de lavar, sino que acabaría tal vez para siempre con nuestra creciente importancia en América. Momentos hay en que es forzoso llegar hasta el sacrificio y éste es uno de ellos; *vale más que la escuadra y la división perezcan, que no verlos pasar por un ataque ineficaz y por un regreso vergonzoso.* Si la nación mexicana desmoralizada como lo está, en completa anarquía, menospreciada por Europa, con escaso y mal orga-

nizado ejército, nos hiciera retroceder ante sus fortalezas; la ignominia sería el resultado de nuestra empresa (1) ».

El general Zaragoza reconoció la impericia del general Lorencez al escribir. « El ejército francés se ha batido con mucha bizarria; su General en Jefe se ha portado con torpeza en el ataque (2) ».

El general francés Félix Douay escribía desde Orizaba á su hermano Abel, también general, el 8 de Julio de 1862 : « Verdaderamente la presencia del Conde de Lorencez á la cabeza de un ejército es una mistificación bien cruel para tal ejército; Lorencez es de una impericia incalificable y la indignación es unánime y profunda. Se debería enviarlo, no ante un Consejo de guerra sino ante un Consejo de Salud. Su conducta en Puebla y la de su ilustre V^{***}, su jefe de estado mayor, son objeto de las más vivas acusaciones. El grito general es : « Dios proteja á la Francia y nos libre de las gentes que lanzan columnas con grandes miras (3) ».

(1) General Serrano al Almirante Rubalcaba. Anexo núm. 1 al núm. 42 de los documentos presentados á las Cortes.

(2) Parte oficial del general Zaragoza al Supremo Gobierno. 9 de Mayo de 1862.

(3) *Campagnes de Crimée, d'Italie...* Lettres adressées au maréchal de Castellane, pág. 404.

*
**

Después del 5 de Mayo de 1862, del sensible fracaso del Borrego y de las convicciones de Napoleón y sus agentes mexicanos y franceses; Juárez debió haber previsto lo que tenía que suceder; el envío de fuerzas considerables para saciar el apetito de revancha del pueblo francés y para restablecer el prestigio empañado de la dinastía imperial.

Enviados importantes refuerzos á México, el problema presentaba dos soluciones : que Napoleón hiciera la paz con Juárez, después de ganar una ó dos batallas y tomar la Capital, imponiendo cuantiosas reclamaciones y el pago del costo de la expedición, con el objeto de afirmar su carácter de vencedor, ó proceder á la conquista del país para entregarlo al Archiduque Maximiliano, como lo decían á gritos los conservadores en todas partes. Las dos soluciones eran abominables para México; la primera significaba someterse de nuevo á todas las exacciones diplomáticas, cumplir los tratados firmados ó negociados con España é Inglaterra; entregar las aduanas y las rentas para el pago de convenciones y *reconvenciones* y perecer por último en el lúgubre oleaje de una anarquía incesante; á menos que el partido reaccionario, que

debería triunfar, porque todos los gobiernos sin un centavo se quedan sin partidarios, vendiese la República á Europa para colonia, presidio, monarquía ó para cualquiera otra cosa.

A Juárez no le convenía patrióticamente más que sostener la guerra hasta perecer ó liquidar con Europa, emancipando á la Nación de desangrarse en la guerra civil crónica para pagar inmensas deudas á gobiernos protectores, en lo general, de ruinosos y repugnantes fraudes. ¡Pobre de México si Napoleón después de tomar á Puebla en 1863, propone la paz á Juárez y éste la acepta ofreciendo pagar á Napoleón además de las reclamaciones del ultimátum de Saligny, la papeleta de los gastos de la expedición montante á 54 millones de pesos, que por la convención de Miramar, convino en pagar Maximiliano!

¿Hubiera aceptado Juárez la paz en esas condiciones? Probablemente sí, porque quitando el exceso de 15 millones que quería Jecker, Juárez había aceptado en los tratados Zarco-Saligny, Wyke-Doblado y Prim-Doblado, todo lo que la Europa le exigía injustamente. La cuestión que lo habría hecho tal vez vacilar, hubiera sido el pago de los 54 millones de pesos, costo de la expedición. Juárez habría acatado la opinión pública y ésa habría pedido la paz, que era la del sepulcro para nuestra desgraciada patria. La salvación de México,

como los hechos lo han probado, estaba en la guerra. Se me puede oponer que á Juárez no le era posible conocer el resultado final de la lucha con Francia. Aun cuando así sea, la paz con Francia significaba la vuelta á la tiranía, robos y exacciones de los diplomáticos; significaba la entrega de todas las rentas públicas para alimentar la ruinosa máquina de las reclamaciones fraudulentas; significaba la esclavitud bajo la férula voraz de los agiotistas y, por último, significaba la demacración absoluta social por la guerra civil eterna ó cortada por la conquista, aclamada por fin por un pueblo agotado de sangre, de paciencia, de esperanzas, de dignidad. Un gobierno sin rentas no puede ser gobierno y una sociedad sin gobierno no puede ser sociedad. México no podía liquidar sus deudas, la mayor parte de ellas injustas, y las reclamaciones inicuas que se le hacían, más que con su cólera, con su sangre, con su ruina y con su decisión de perecer ó liquidar.

CAPITULO II

LOS ESTADOS UNIDOS Y EL CONFLICTO FRANCO-MEXICANO

¿Debía esperar Juárez el primer semestre de 1862 algún auxilio de los Estados Unidos? Don Matías Romero ya lo había dicho desde Diciembre de 1861 : « No puede ocultarse á los ojos menos provisosos que los Estados Unidos necesitan de cuantos recursos puedan disponer para proceder la guerra civil en que están empeñados. Si al enemigo interior que tienen y que por sí sólo es demasiado fuerte, se agregara el poder colosal de Inglaterra, no les quedaría la más ligera esperanza de buen éxito, siendo el primero de sus reveses, el reconocimiento inmediato de la independencia de los Estados disidentes.

« Esto ha venido á poner de manifiesto lo que nosotros podemos esperar de este país en nuestras dificultades con España. Si este gobierno no ha querido aceptar un conflicto en causa propia, provocado de antemano por motivos independientes